

El arzobispo Crescente Errázuriz

(La no intervención del clero en política)

SERGIO CARRASCO DELGADO*

El 5 de junio de 1981 se han recordado 50 años del fallecimiento de don Crescente Errázuriz Valdivieso (Stgo., 28-noviembre-1939 - Stgo., 5-junio-1931), quinto arzobispo de Santiago.

Pocas personalidades de más extraordinario y completo valor en la historia de Chile y de la Iglesia que don Crescente Errázuriz; y pocos hombres han prestado, sobre todo en épocas de tempestades, mayores servicios al país y a la religión que el profesor, periodista, historiador, académico, fraile recoleto y arzobispo.

Como muchos niños de su época ingresó (1851) al Seminario de Santiago, del cual se retiraría (1856) para estudiar Derecho en la Universidad de Chile y realizar trabajos industriales en el norte, regresando, luego de cinco años (1861), a proseguir su formación eclesiástica en el mismo Seminario.

Sobrino dilecto, casi como hijo del arzobispo Rafael Valentín Valdivieso —la figura más relevante de la Iglesia chilena del siglo XIX— (su padre, Francisco Javier Errázuriz, falleció de 72 años cuando el hijo Crescente sólo tenía 6), recibió, en el trato cercano del Metropolitano, la experiencia, de gran dificultad, del Gobierno eclesiástico. Pudo, así, en edad muy temprana, conocer las alturas y las pequeñeces de los hombres. Eran los años difíciles de la organización de la Iglesia chilena y del comienzo de los conflictos con el Estado republicano, así como de

*Miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Historia. Profesor de Historia Constitucional de Chile, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción.

las llamadas cuestiones teológicas. Errázuriz defendió, con pasión, en “El Estandarte Católico” (“A Dios rogando y con el mazo dando”) las causas de la Iglesia.

Producida la muerte del arzobispo Valdivieso (1878), se inicia la dolorosa pugna por la sucesión en la silla arzobispal de Santiago, en la cual participan la mayoría del clero, adicta a monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, y el Gobierno liberal, que propiciaba a monseñor Francisco de Paula Taforó. Era el escenario de las pasiones políticas desatadas por ambos bandos. En lo que constituye una de las obras de mayor categoría en el género de Memorias, no cronológicas, sino que vivas, “Algo de lo que he visto”¹ el futuro arzobispo Errázuriz dio a conocer sus experiencias de esa época y la forma cómo la lucha político-religiosa turbó hasta los espíritus más serenos, con evidente daño y división.

La Iglesia chilena, o parte de su jerarquía y miembros, se vio envuelta desde temprano en actividades de orden político que, en ocasiones, excedieron en mucho sus obligaciones pastorales. No siempre de todos sus miembros, pero sí —en ocasiones— de sus más caracterizados. Baste recordar, en el Pleito de Traslación de la ciudad de Concepción (1754) la excomunión pronunciada por el obispo de esa Diócesis, don José de Toro y Zambrano, en contra del corregidor, los vocales del Cabildo e incluso los oficiales mecánicos, resistiendo, así, la orden del gobernador Domingo Ortiz de Rozas de trasladar la ciudad, asolada por cataclismos, a su nuevo emplazamiento, excomunión que se mantuvo vigente hasta 1755².

Don Ambrosio O’Higgins, aún intendente, y antes de asumir como gobernador de Chile, se refiere a la actitud del obispo don Francisco José de Marán, señalando: “Sólo Dios sabe lo que he sufrido con este destino, de la oposición que injustamente he experimentado del actual ilustrísimo señor don J. F. de Marán y sus adherentes, debajo de cuyo influjo se han atrevido a consumir más de una vez, fomentando partidos contra mis providencias, algunos vecinos desafectos a esta Intendencia...”³.

¹Editadas en 1934.

²Ver Mons. Reinaldo Muñoz Olave, en *Boletín Academia Chilena de la Historia*; N° 18, año 1941.

³Citado por Fernando Campos Harriet. *Funcionamiento de la Intendencia de Concepción 1786-1810*; en *Separata del temario Histórico-Jurídico Ecuatoriano*, Vol. V. 1980, p. 62.

Dificultades reproducidas, por ejemplo, en el conflicto civil de 1891. “A pesar que nuestro clero —decía “El Porvenir”, periódico del Arzobispado de Santiago— no tomó parte directa ni activa en la revolución por ser impropio del sagrado carácter sacerdotal, bastó al tirano (se refiere al Presidente José Manuel Balmaceda) saber que el clero simpatizaba con la causa de la revolución y era contrario a la tiranía para que lo hostilizase y vejase de mil maneras”¹.

Durante los gobiernos de los obispos Valdivieso, Larraín (vicario en Sede vacante), Casanova y González Eyzaguirre, existió una permanente intervención de gran parte de los miembros del clero en política, asociados especialmente al Partido Conservador, rama escindida (en 1857) del antiguo Partido Pelucón.

No pocos fueron los daños sufridos por la Iglesia en la lucha política en que se empeñaran algunos de sus miembros. Sin duda, el principal: contribuir a atizar el sentimiento antirreligioso, en términos de que la jerarquía y el dogma recibían un ataque frontal. La forma como se dictaron las “Leyes Laicas”, los permanentes conflictos y la entronización política en la educación, e incluso las circunstancias de la supresión del latín en la enseñanza, han podido estar insertas en la lucha religiosa del siglo pasado.

Todos estos hechos los presencié Errázuriz, primero como cura y luego desde su fecundo retiro en la Recoleta Dominica, en la cual permaneciera por 26 años (1884-1910) y de donde, con excepción de su colaboración para que el arzobispo Casanova asumiera en condiciones de conciliación con el poder civil, no saldría a la vida pública. Es la etapa de su gran contribución a la historia de Chile; de sus investigaciones y su pluma saldrán, casi en su totalidad durante su permanencia en la Recoleta —como Fray Raimundo—, y sumándose a “Los orígenes de la Iglesia Chilena” (1873) y a “Seis años de la Historia de Chile, 1598-1605” (1881-1882); las obras “Historia de Chile, los gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada” (1908); “Historia de Chile. Pedro de Valdivia” (Pub. 1911-1912); “Historia de Chile sin gobernador, 1554-1557” (1912); “Don García Hurtado de Mendoza” (1914); “Francisco de Villagra” (1915) y “Pedro de Villagra” (1916), esenciales para comprender el período fundacional y de escrupulosa exactitud; así como las obras místicas “Vida interior de Jesucristo en

¹Citado por Mons. Carlos Oviedo Cavada. La Iglesia en la revolución de 1891; Historia; Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, p. 296.

Dios” y “Purificación del sentido”, reflejos y capacidad de su riqueza espiritual.

Producido, en 1918, el fallecimiento del arzobispo Juan Ignacio González Eyzaguirre, se planteaba nuevamente el problema de la sucesión. Entre varios eclesiásticos que pudieron ser incluidos en la terna que, de conformidad al patronato (proposición del Estado a la Santa Sede), formaba el Consejo de Estado, y merced a la tenaz intervención de su antiguo ex alumno, Eliodoro Yáñez, con la aceptación del ministro del Interior Arturo Alessandri y del Presidente Sanfuentes, fue incluido en el primer lugar de la misma. Las resistencias a su avanzada edad (79 años) y a su condición de fraile secularizado (con autorización papal) fueron vencidas y el 30 de diciembre de 1918 el capellán de la Vera Cruz era preconizado, por el Papa Benedicto XV, como arzobispo de Santiago.

Llegaba Errázuriz al Arzobispado de Santiago, que no busco⁵, cargado de méritos, experiencia y visión futura. Y allí, reflejando su propia experiencia, habiendo conocido los efectos del ingreso en la política de los eclesiásticos, quiso hacer realidad su meditada convicción de poner término a ésta.

“Desde un comienzo el arzobispo Errázuriz debió combatir los hábitos de intervención político-electoral del clero y debió enfrentar la resistencia no sólo de los obispos, sino también de los personeros del Partido Conservador, que, a cambio de la protección política que le brindaban a la Iglesia, se sentían con derecho a disfrutar de la influencia moral, política y económica de ésta”⁶.

“Yo he deseado constantemente deslindar en lo posible los campos del clero y de los políticos, en asuntos de interés general”, escribió, ya en la Recoleta⁷. Ahora, pudo establecer su decisión, claramente enunciada en la Pastoral de 8 de diciembre de 1922: “... Así, pues, la Iglesia ni responde por los actos de un partido político, ni pretende influir en ellos, y deja a esos partidos en completa independencia. En cambio, la exige también completa y absoluta para la propia acción: ni los hombres ni los partidos políticos deben inmiscuirse en lo que atañe al

⁵“Así como nada hice para ser presentado nada haré para ser aprobado”, citado por Carlos Orrego Barros. *Bosquejos y perfiles*, p. 39.

⁶Julio Heisse G., *Historia de Chile. 1861-1925*, p. 241.

⁷Ver en *Algo de lo que he visto*, p. 183.

gobierno eclesiástico. ...Los miembros del clero cuidarán de no excitar pasiones y, al contrario, procurarán llevar a los ánimos serenidad y paz; no son tribunos, sino maestros; no se hallan al servicio de un hombre ni de un partido político, sino que son ministros de Dios. Jamás harán alusiones personales ni dirán cosa que pueda ofender a alguien, y en sus palabras procurarán ser ejemplo de prudencia, moderación, y claridad... Se abstendrá el eclesiástico de tomar parte en manifestaciones, reuniones y banquetes políticos y de otro cualquier acto no conforme con la independencia e imparcialidad de su carácter sacerdotal... A todo eclesiástico queda severísimamente prohibido constituirse representante o agente de un partido político, su puesto es hartamente más elevado, y hartamente más noble su misión: el sacerdote no es auxiliar de un partido; es, bajo el magisterio de su obispo, guía y director de la conciencia de los fieles...”.

La actitud del Metropolitano no fue comprendida, encontrando gran oposición en parte del clero y, en particular en el Obispo de la Diócesis de Concepción, don Gilberto Fuenzalida G., quien, en Pastoral de abril de 1923 sobre “Participación del clero y de los católicos en la política”, contradujo substancialmente a Errázuriz estimando “errónea y perniciosa la opinión de aquellos que quieren separar la religión de la política”. En el hecho, estimaban un factor de desorientación las instrucciones de Errázuriz. Frente a tan importante oposición, el arzobispo, que creía ver en su criterio la seguridad de la respetabilidad e influencia moral de la Iglesia, pensó incluso en renunciar, de lo cual finalmente desistió. Veía, con mirada de estadista, los riesgos que, de continuar la intervención de los eclesiásticos en política, se presentarían. Sus vicarios, Monseñores Ernesto Palacios, Melquisedec del Canto, Daniel Fuenzalida y especialmente don Miguel Miller le acompañaron en tal criterio.

En una extraordinaria síntesis, recuerda Carlos Silva Vildósola, que de las cualidades de Errázuriz “la vida había afinado más que otra alguna la sutileza. Su entendimiento se había hecho penetrante, su ingenio criollo tenía agudezas inesperadas en la ancianidad. Bastaba estar bajo la fascinación de su mirada fuerte y amable a un tiempo para sentir la perspicacia con que juzgaba hombres y cosas. Vivió y a veces estuvo mezclado a los más graves acontecimientos de su tiempo, por las consultas incesantes de los políticos, gobernantes y escritores. Había acumulado una enorme experiencia sometida a severa crítica por medio de sus conocimientos de historia, y en especial de la patria. Sabía

mucho del pasado, conocía bien el presente y su mirada se hundía en el futuro que veía con inquietud amarga”⁸.

Visionario, se adelanta con su actitud a la contenida en la famosa carta, de 1934, del cardenal secretario de Estado, Mons. Eugenio Pacelli (posteriormente Papa Pío XII), quien prohibió a los miembros del clero y de la Acción Católica intervenir en política.

Errázuriz mantuvo su criterio, el cual no reconoció debilidades. Y así como resistió las presiones de los directivos de la Unión Nacional, que le solicitaban intervenir en contra de las posibilidades del candidato Arturo Alessandri, adversario en 1920 del Partido Conservador, de igual forma, durante los gobiernos de Emiliano Figueroa y Carlos Ibáñez resistió el sentimiento del alessandrismo que hubiese deseado la palabra, en su favor, del venerado metropolitano.

Párrafo aparte es el relativo a la actitud del arzobispo frente a la separación de la Iglesia del Estado, antigua aspiración liberal y que ya el ex-Presidente Santa María había anunciado, proféticamente⁹ que alguna vez se haría en perfecto acuerdo. Errázuriz fue contrario a dicha separación: le dolía profundamente que Chile dejara, oficialmente, de tener la condición de país católico y sólo el asentimiento del Papa, luego de la gestión, en Roma, de Alessandri con el Cardenal Gasparri, le hicieron inclinarse. Sin embargo, en una última gestión, don Crescente imploró al Presidente chileno, presentándole las consecuencias que tendría dicha separación. Entre éstas, mencionaba la pérdida del patronato. No es posible interpretar que el arzobispo quisiera la mantención de aquél, por razones doctrinales; antes bien, ellas lo inclinaban a rechazarlo; pero, sí, existían razones de hecho muy profundas. Errázuriz había apreciado la intensidad de las pasiones internas en la Iglesia; muchas veces las había sufrido en carne propia; veía con aprensión cómo una sociedad formada por hombres podía, al momento de proponer sus propios obispos, ser motivo de errores. Y, entonces, se inclinaba por evidenciar los peligros que significaba despojar al poder civil de las atribuciones del patronato, señalando a Alessandri que si los obispos eran propuestos por los propios eclesiásticos chilenos las disenciones internas se harían sentir y, por tal obra, no estaría lejano el día en que disminuyera la categoría de los mismos. 55

⁸Carlos Silva V., *Retratos y Recuerdos*, p. 65.

⁹Ver párrafo correspondiente de carta autobiográfica, dirigida a don Pedro Pablo Figueroa, de 8 de septiembre de 1885; en Encina-Castedo; Tomo III, Anexos, pp. 1985-1988.

años más tarde, se leería: “Es muy cierto que a raíz de la separación de la Iglesia del Estado, bajó el nivel intelectual del episcopado chileno... al primer arzobispo que no propuso el Estado, el Papa tuvo que pedirle la renuncia...”¹⁰.

A cincuenta años de su muerte, la personalidad superior, el carácter, la autoridad moral y la alta visión de don Crescente Errázuriz, así como el recuerdo de sus nobles virtudes morales y humanas, siguen siendo como faro iluminador para la Iglesia y para Chile, a los que quiso con el amor de un padre.

¹⁰Fidel Araneda B., Oscar Larson, *El clero y la política chilena*, pp. 113-144.